LIDIA, LA ENAMORADA

POR

LUCIANO CASTAÑON

AUNQUE LOS DOS *tenían la misma edad, ni Lidia ni él lo sabían. Sus casas no eran vecinas, pero, con ser el pueblo tan pequeño, puede decirse que sólo estaban separadas por la distancia de una mirada.*

Jugaban de chiquillos, juntos, juegos inocentes con piedras, manos, palabras: su edad no daba para otra cosa. Un poco de escuela y un mucho de dejar irse, así, el día; ni sinagoga siquiera.

Por entonces se miraban y no se veían, pero crecían y crecían, pareados; unos les iban delante y otros detrás; ellos subían al unísono, prometiendo figuras altas, firmemente derechas.

Quedaron, con la edad, sin juegos y también sin escuela, cuando sus familias, pobres, los necesitaron. Por entonces en Lidia despertábase el ansia de él. Notó que no era un estallar, sino como un florecer que siempre había estado latente en ella. Si tenía que ir a la fuente, andaba más camino para pasar ante la casa de él; miraba, primero a hurtadillas, y si no veía persona alguna, volvía la cara hacia todas las puertas para descubrir lo que deseaba dentro de la pequeña vivienda o de la carpintería, que estaba al lado. A veces, veía a alguien en las penumbras del interior; miraba más despacio, y si eran la madre o el padre de él, volvía avergonzada el rostro, dando de pies presurosamente.

Al sentir por primera vez la sorpresa líquida y roja, estuvo varios días en la cama y, tras el apaciguamiento de la madre, quedó allí, contenta, relacionando el hecho con su intenso pensar en aquel joven que quería. Aunque deseaba levantarse para verlo, gozaba estando así, tendida, con los minutos todos vacíos y con plena libertad para llenarlos de imágenes, tan fácilmente venideras. En todas ellas se veía junto a él.

Levantóse ligera y esperanzada, y por la tarde de aquel sábado, cuando lo vió en la calle bajo el sol le pareció tan hermoso como siempre. Se hablaron, y luego se preguntaba ella: «¿Por qué será así? Tan seco en contestar o hablar de lo que quiero y ese desbordamiento cuando se trata de sus cosas... Me gusta; alto, serio, bueno. Creo que les gusta a todas las mujeres.»

Todavía muy joven, a Lidia le buscó marido su familia. Tenía casi cincuenta años y era un pariente tan lejano como las tierras donde

vivía. Lidia se encerraba a llorar un llanto sin alboroto, en el que cesaban y volvían a salir las lágrimas con la congoja de pensar que debería hacer algo tan opuesto a su deseo insobornable. Cuando ya le llevaba hechos tres presentes, llegó la noticia de que el hombre, sabedor de que estaba contagiado de lepra, se había suicidado, y una adentrada alegría, de introvertido sonreír, llenó la carne de Lidia.

Ahora, de jóvenes, iban ya, ella y él, camino de mujer y de hombre, y sentía ella, por lo menos, la satisfacción de no verlo con otras mujeres. Quizá lo desearan, pero ninguna se acercaba a él. Ella sí, aunque, ciertamente, cada vez menos. Podía decirse que todo era normal, pero, a la vez, raro. En la carpintería, por ser su padre de bastante edad, casi lo hacía él todo. Por la calle tenía un andar reposado y la mirada como no parándose en ningún sitio y en todos a la vez. Si hablaba, hablaba siempre de él y de las cosas diarias, materiales, pero relacionándolo con algo no presente, vago, impreciso y, con todo, extrañamente seguro. Leía con frecuencia, comentando luego en voz alta lo leído, y veía Lidia sonreírse o alborotar a quienes le oían; unos le replicaban, otros le tenían por maniático. Durante sesenta días faltó del pueblo. Después regresó moreno y magro. La gente comentaba especialmente sus pasos, y los padres y hermanas de Lidia se burlaban de ella:

—¿Aún crees que se casará contigo?

Bajo las vestiduras, los hombres adivinaban el cuerpo armonioso de Lidia. De frente miraban siempre su velada cara; a sus espaldas, el poco de pierna que se descubría sobre sus tobillos.

Ella, en su habitación despojándose de toda la ropa, se observaba sentada. Pensaba en él, y con este pensamiento, lentamente, se acostaba. Allí, imaginándolo aún, lo estrechaba tiernamente contra sí, sintiéndose abrazada; lo llenaba de besos. Era feliz.

Pero esto ocurría en su habitación. En la calle, él le hablaba cada vez más oscuramente, más lejanamente, de sus propios deseos, y la trataba como a cualquiera de las otras, diciéndole las mismas cosas que a una niña, que a una vieja, desilusionándola. Tenía ella que volver a su soledad para imaginar las escenas que tan fácil y gozosamente le venían. Eran la alegría de su amor.

Un día, a él, lo apedrearon los hombres del pueblo. Y una mañana el pueblo se quedó sin sus palabras. Aunque alguna vez había dicho que se iría, que debía irse, los más no lo creyeron; no esperaban que dejase sola a la madre, viuda ya.

Vinieron luego los rumores. El hombre predicaba por esparcidas tierras. Lidia acosó siempre a los viajeros y mercaderes, inquiriendo detalles y más detalles:

—¿Y dónde está ahora?

—Yo lo dejé al otro lado del Lago.

Y a ella, allá se le iban los ojos del pensamiento, entreviendo junto al agua su figura delgada. Un día, sorprendiéndola, llegaron grandes rumores hasta la calígine de su cuarto. Por la calle pasaba él, seguido de hombres y mujeres. El rosario de murmullos mosconeaba en la tarde de verano, y los ojos de ella vieron cómo los de él la miraban y sonreían. Se sintió contenta.

Pero una semana después se quedó el pueblo otra vez sin él y sin aquella gente de su compaña, y fué también otra tarde en que el sol hacía brillar todo el aire cuando ella salió de su casa. Las leguas, luego, iban cansando su cuerpo, hiriendo sus pies, avergonzando su alma en las peticiones de limosna, fortaleciendo su voluntad al superar toda tentación, acrecentando su deseo en busca de aquel hombre que había amado siempre. Ahora pensaba que se lo diría todo. Le diría abiertamente que siempre le había querido bien, que la huída de casa fué por él, que por él había despreciado a todos los hombres, que se uniría a él como fuera y sin esperar otra cosa que su amor.

Si el camino que llevaba era de cuatro días, cinco tardó ella en hacerlo, alargándose los últimos como se habían apremiado los primeros. Eganim, Siquen, Betulia, Luban, Betel. Aquí ya la informaron bien y, antes de volver a andar, dejó que las aguas de un reguero lavasen sus pies dolidos. Al caminar de nuevo, presa todavía de su cansancio, lo hacía, sin embargo, muy ligeramente; ver a lo lejos las azoteas y murallas de la gran ciudad y pensar que él estaba ya cerca era una buena ayuda. El viento removía sus faldas y el polvo del camino le recubría los pies morenos, de averdosadas venas caminantes.

De pronto, y desde donde estaba, vió a toda la gente que había sobre un monte. Por curiosidad, pero también con un apremio que le apretaba la sangre, remontó su camino empinado, y allí arriba se le quedó el corazón quieto en la garganta cuando vió a El casi desnudo, sangrante, crucificado.

Luciano Castañón.
Ezcurdia, 68.
GIJON. ESPAÑA.